

COSTETA.
¡Ay, qué deshonra! ¿A mí mentís?

ALGUACIL. Acabe.

ARZALES.
Yo haré la relación, que ella no sabe de la misa la media: póngome de romance de comedia. Pulidísimo alguacil, cuyas pobladas melenas entre veinte perros de agua con el más lanudo apuestan: despuntando cierta calle, yo y la señora Costeta, dama que, á falta de espejo, se mira en las faltriqueras...

COSTETA. Llanito y sin sonnetes.

ARZALES. Vi lejos, junto á una piedra, una cosa blanca, y dije: ¿qué es aquello que blanquea?

COSTETA. Corrí, y alcé este avantal: juzgue ahora cuyo sea, de la que le avizoró, ó la que agarró la presa.

ALGUACIL. Entrambas tienen razón: depositese la prenda.

ARZALES. Eso no, galán justicia.

ALGUACIL. ¿No?, pues Arzales la tenga, *(Dale el avantal á Arzales.)* y quien mejor burla hiciere de las dos en estas ferias á los hombres, se le lleve.

ARZALES. Me agrada.

COSTETA. Me recontenta.

ARZALES. Va de burla.

COSTETA. Guardaos, hombres.

ALGUACIL. Pues adiós, hasta la vuelta.

COSTETA. Pleitear y comer juntas, *(Tápanse y agárranse.)*

ARZALES. Toca Costeta.

Salen dos sacristanes, CEBOLLETA y CACHIVACHE.

CEB. *¿Melior poeta que mihi? Absit: negatur blasphemiam, licenciatus Cachivache: retractetur lingua vestra.*

CACH. *Melior poeta que te: dic, domine Cebolleta, confiteor, ó anima tua iam hodie in pace requiescat.*

CEB. *Agradecimini vos*

(Saca CEBOLLETA unos pedazos de madera plateados como barras.)

á que vado un poco apriesa a ponere platam istam que limpiabi de la Ecclesiam, que ego os hiciera per Deum...

CACH. *Agradecimini etiam* *(Saca una bolsa llena.)*

á que llevo yo esta bolsa cum cuatrocientos in ea para los beneficiatos.

ARZALES. ¡Plata, avizor!

COSTETA. ¡Bolsa, alerta!

CEB. *Villancicorum meorum, heu la flor de la canela.*

ARZALES. Mi burla está ya en la bolsa.

COSTETA. La mía en la faltriquera.

ARZALES. ¡Ce, galán!

COSTETA. ¡Ce, gentil hombre!

CEB. *¿Qui vultis, dominas meas?*

ARZALES. Yo os quiero un poco y un mucho.

CEB. Declaróse en pocas letras. ¡Vive Cristo, que he notado que no hay mujer que me vea que no se muera por mí! Mas tal es mi gentileza.

CACH. Desabochornad la faz.

ARZALES. Desavahad la cartela.

COSTETA. Con mil gustos.

CEB. Con mil ganas.

CACH. ¡Ay, que me anego en belleza!

¡Ay, que de antuvión me han dado!

¡Cachivache!

CEB. ¡Cebolleta!

CACH. Mi plata anda en tentación.

CACH. Mi bolsa corre tormenta.

ARZALES. Yo os adoro, mas mi honra...

COSTETA. Yo os quiero, mas mi modestia...

ARZALES. ¡Jesús!

COSTETA. ¡Jesús!

CEB. ¡San Panuncio!

CACH. Desmayólas la vergüenza.

CEB. *Especulum de estos oculos...*

CACH. *Serafinus, que non femina...*

CEB. *Volvete, volvete in vos.*

CACH. *Recordate, vista mea.*

LAS DOS. ¡Ay, ay!

CEB. Vuelven. ¡Aleluya!

ARZALES. ¿Yo querer?; ¿quién tal creyera? Dómine, mucho me dice.

CEB. Por mí se muere la hembra; verálo un ciego, por Dios.

CACH. Rempujad esta tristeza.

COSTETA. ¡Ay, que está el mal muy adentro!

(La mano dentro de la faltriquera.)

CACH. Pues haced que salga fuera.

COSTETA. Ya lo procuro y no puedo.

CACH. Paréceme que te alegras. ¿Sale el mal?

COSTETA. Sí, sí; ya sale. *(Saca la bolsa y échasela en la manga.)*

ARZALES. Unas palabras muy buenas sé yo para él.

CACH. ¿Qué hace, —

que no se las dice?

ARZALES. Fuera, amiga.

COSTETA. Amiga, ¿qué quieres? *(Al oído.)*

ARZALES. Ya tienes tu burla hecha: haz que salga con la mía.

COSTETA. Saldrás, Arzales, con ella.

ARZALES. Haz cuenta que ya he salido. *(Sácala la bolsa de la manga y échasela en la suya.)*

Ya esta moza está buena, y yo he ganado perdonos con aquesta diligencia.

COSTETA. Pues ahora han de decirnos por qué ha sido la reyerta entre los dos.

CEB. Porque este hombre dice que es mejor poeta que yo.

CACH. Y lo soy, ¡vive Cristo!

CEB. *Mentiris.*

CACH. *Mentiris.*

ARZALES. ¡Tengan! Callen cartas y hablen barbas.

CEB. *Bene dixistis.*

COSTETA. Den muestra; que nosotras juzgaremos.

CACH. Pues va á San Pablo esta letra: «¡Quién se le ve al buen San Pablo quedito con su montante en su retablo, y en la iglesia militante no se le puso delante el mismo diablo! Guarda-capas, con vos hablo. Si no tienen mil colegios las letras que vos tuvisteis, ¿cómo dicen que escribisteis *Adefesios?*»

COSTETA. ¡Linda cosa!

CEB. ¡Mala cosa!

Para linda cosa, ésta. Villancico al gran San Pedro: «Cuando abajó la cabeza, y en la cruz patas arriba, por verse clavado en ella, tomó el cielo con sus pies...»

ARZALES. ¡Lindo supuesto!

CEB. Pues atiendan. «Para hacer á Dios festín, Pedro, os volvéis arlequín, y en la cruz, maroma ó tela, haciendo la testeruela, sois del cielo volatín. Toque, toque el serafín el legítimo clarín, y la trompeta bastarda toque el Angel de la guarda; órganos y chirimías San Moysén y San Matías, y respondan desde el suelo, como retumban los remos, madre en el cielo, en las frescas vueltas del señor San Pedro.»

TODOS. ¡Vitor!

CEB. Grátulo mil veces; y agora denme licencia para llevar esta plata á mi lugar, una legua de aquí.

ARZALES. Y ¿en qué le lleváis?

CEB. En el bonete, mi reina.

ARZALES. ¡Jesús, y qué desacuerdo! ¿La cabeza descubierta? ¿Pues tan poco os quiero yo que tal cosa consintiera? *(Dale el devantal.)*

Tomad aqueste avantal, y en él la llevad envuelta.

CEB. ¿Hay tal querer de mujer? Cuando se quiere de veras, ¡qué liberal es amor!

¡Ajetiti!, hasta la vuelta, que será de aquí á tres horas.

ARZALES. ¡Jesús!; como el dueño vuelva, nunca vuelva el avantal.

COSTETA. ¿Vaisos vos también?

CACH. Por fuerza, á dar cuatrocientos reales á un beneficiado.

COSTETA. Sea poca la tardanza.

CACH. Al punto volveré con Cebolleta.

CEB. Pues adiós, mi *amor amoris.*

CACH. Adiós, mi *requiem eternam.*

LAS DOS. ¡Oyen!... Mas vayan con Dios.

CEB. ¡Lágrimas!, perdidas quedan. *(Vanse, y ARZALES da gritos.)*

ARZALES. ¡Justicia de Dios mil veces! ¿No hay papa?; ¿no hay rey?; ¿no hay en la corte, á mediodía? [reina? ¡Justicia del cielo venga! ¡Justicia, y aun mil justicias!

COSTETA. Arzales, ¿qué es lo que intentas?

ALGUACIL. ¿Quién llama aquí á la justicia?

ARZALES. Venga vusted norabuena, que algún ángel le ha traído. Yo traía de una tienda ciertas cosillas de plata en el avantal envueltas que vusted depositó, y un sacristán de la legua, sin sentir, entrambas cintas me ha cortado, y se lo lleva.

ALGUACIL. ¿Por dónde va?

ARZALES. Véle allí.

ALGUACIL. Espere, y no tenga pena. *(Vase.)*

ARZALES. Justicia, que me ha robado un caco en forma de iglesia, un caribe con sotana, un apura-vinajeras!

ALGUACIL. Venid, bergante, ladrón. *(Trae al ALGUACIL asido á CEBOLLETA, y á CACHIVACHE con él.)*

CEB. Yo soy sacristán de prendas.

ALGUACIL. Hurtadas, picaronazo. Venga esa plata; volvedla.

CEB. ¿Cómo? ¡Juro á Dios que es mía!

ARZALES. ¡Ay, que jura, y no revienta!

ALGUACIL. ¡Hay tan gran bellaquería! ¿Qué me dé estotra las señas, y vea yo el avantal que he depositado en ella, y diga este ladronazo que es suya la plata! Désela, désela luego.

CEB. ¡Señor!

CACH. ¡Señor!

ALGUACIL. Otra buena pieza: vayan los dos á la cárcel.

CEB. ¿Qué cárcel ó borrachera?

ARZALES. ¡Ay, señor!; mire vusted muy bien por sus faltriqueras; que aquí está y no está seguro. *(Métete la bolsa del sacristán vacía en la faltriquera.)*

ALGUACIL. Yo miraré bien por ellas.

ARZALES. Así tenga la salud.

ALGUACIL. Y ellos á la cárcel vengan.
¿Qué aguardan?
(*Apártale CACHIVACHE.*)

CACH. Oiga vusted.
CEB. ¿Vos sois la de las finezas?
ARZALES. ¡Ay, señor, que me amenaza!
ALGUACIL. ¿Vióse mayor desvergüenza?
CEB. ¿Yo?; ¡malhaya mi linaje!
CACH. ¡Vive Cristo, que son ellas
las del hurto y las taimadas!
COSTETA. Y ¿no encarga su conciencia?
CACH. Infórmese sin llevarnos,
y entre tanto tenga en prendas
hasta cuatrocientos reales
en esta bolsa.
COSTETA. (*Para sí, echándola de menos.*)
(¿Qué es della?)
¿No la así? Malo va esto.
Cogida estoy entre puertas.)

ALGUACIL. Sacalda.
CACH. ¡Válgate Dios!
¡Ay, Jesús! Peor es ésta. (*Búscala.*)

ALGUACIL. ¿Qué es?
CACH. La bolsa me han pillado.
¡Oh, bolsicida perversa!
¡Para esto te desmayaste?
COSTETA. Viene harto de la taberna.
CACH. Por Jesucristo, señor,
que la tiene la una dellas.

ALGUACIL. A todos se ha de mirar;
pero porque no haya queja,
mírenme primero á mí.
COSTETA. (Si me miran, yo soy muerta.) (*Aparte.*)
¿A usted habían de mirar?
ALGUACIL. A mí, porque no parezca
que hay exención de personas.
Metan la mano, y adviertan
que no ha de quedar ninguno
sin mirar: la mano meta,
licenciado.
CEB. Yo obedezco.
¡Cristo mío, por santa Ella,
que la cáscara sin fruta
encontré! La bolsa es ésta.
(*Saca la bolsa.*)

ALGUACIL. ¡Jesús!, ésta es gran maldad.
CEB. Maldad es, ¿quién se lo niega?
ARZALES. ¿Quién creyera tal!
CEB. Llamemos
otro alguacil que le prenda.
COSTETA. (Esto es peor, que la bolsa
me han hurtado.) (*Busca otra vez.*)

ARZALES. Oigan; atiendan.
Al padre sisa bodigos
pilló la bolsa Costeta,
y aun no calentó su manga,
cuando en la mía se alberga.
Echéla fuera los sesos,
y en la hermana faldriquera
de la señora justicia
se la dejó boquiabierta
para pellizcar la plata.
Ya avizoraron la treta:
tres burlas son; ahora juzguen
quién el avantal se lleva.

ALGUACIL. Arzales es dueño dél.

COSTETA. Merécele por más diestra.
CEB. ¿Luego ha sido burla?
ARZALES. Ha sido,
pues restituyó la presa.
CEB. Cabrioteo. (*Dale la plata.*)
CACH. Floreteo.
ALGUACIL. A todos burló una hembra.
(*Cantan y bailan.*)

ARZALES. Al son de un hurto sutil,
y del dinero á la fama,
mujeres de mil en mil,
saltando y brincando
de rama en rama,
pica en la plata la que es más dama.
CEB. ¿Por qué nos diste tal susto
regalándote á porfia?
ARZALES. No se fíe de regalos
para tenernos propicias,
que por más que regalen á la hormi-
siempre pica. [ga,
(*Repitan.*)

CACH. Si lo que hurtas me vuelves,
hazme muchos hurtos, niña.
COSTETA. Con el trato y la ocasión
lo más seguro peligra.
Bueno es visitar á tía,
mas no cada día.
(*Repiten.*)

CEB. De ti fío mi dinero,
que es la más segura finca.
ARZALES. Oyeme este refrancico,
y verás si me le fías:
peligroso es dinero ajeno,
que quien trata con miel
se lame los dedos.
(*Representen.*)

CEB. Perdonad el bailete
con el entremés,
si algo de lo ordinario
viéredes en él.
CACH. Porque los sacristanes
para los carros,
bien pueden ser subsidio,
mas no excusado.
(*Representando.*)

277

LXVIII.—Famoso baile del Alfiler.¹

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL:

TRES MUJERES. | UN GRACIOSO.
TRES HOMBRES.

Sale LUISA.

LUISA. Chicharrones vendo, niñas,
manjar de cristianos viejos,
que sólo la gente limpia
es la que come los puercos,
con las ampollas tan altas,

¹ Autos sacramentales y al Nacimiento de Cristo. Madrid, 1075, pág. 216.

que hacen un ruido al comellos
mayor que hicieron en vida
cuando gruñan sus dueños,
y tan calientes, que temen
los que los están comiendo
no les peguen sus ampollas,
de llegarse tanto á ellos.
¡Chicharroncitos calientes,
que abrasan los dientes!
¡Chicharroncitos gordales,
que abrasan, que queman los palada-
(*Representando.*) [res!

BORJA. ¡A cuatro ya van!, ¡á cuatro!
¡Naranjitas! Lleguen presto,
que están todas con azahar
del Fiel y de sus porteros;
agridulce de Valencia,
manjarcitos de discretos;
lo agrio á ti, que las compras,
lo dulce á mí, que las vendo;
las ganzúas con que abren
las ganas de los enfermos;
el pláceme del solomo
y el pésame de los huesos.
¡Ya van á cuatro, á cuatro, aunque es
[conciencia!

GRAC. ¡Naranja dulce y agria de Valencia!
(*Representando.*) Adobar sillas, señores,
tan traviesas por extremo,
que mientras más viejas, son
gente de menos asiento!
Personas tan descaradas,
que suelen buscar sus dueños
quien las zurre la badana
y las sacuda el pellejo;
muy teñidas y estiradas,
disimulando lo viejo,
que hasta las sillas se tiñen
por parecer lo que fueron.
¡Ea, mozuellas bobillas,
adobar sillas de viejo!
¡Venga una silla, vinagre!
BORJA. ¡Salvaje, una silla presto!
GRAC. A gente tan desfrenada,
mejores serán dos frenos.
LUISA. ¿En efeto, es aljibista
del nogal y pino seco?
GRAC. Tan cierto como ser ella
quinta esencia del torrezno.
BORJA. No es muy bueno para sillas,
aunque es zurrado, ese cuero.
GRAC. Pues ¿qué menos digo yo,
naranjada del infierno?
LUISA. ¿Corre mucho vuestro oficio?
GRAC. Mucho corre, pero el vuestro
corre más, pues siempre está
pringue y manteca corriendo.
BORJA. ¿Venle?; pues sin ser muy santo
acuden á su aposento
pies cojos, brazos quebrados,
y todos hallan remedio.
GRAC. Y en su casa; no se ven
milagros, que en tablas puestos,
sin ser ella quien los hizo,
por sabios los vende al pueblo?
LUISA. ¡Ay, lo que habla el zurce-sillas!
GRAC. Pues ¿por qué no, tuesta-puercos?

BORJA. ¿Qué agrio hombre! ¿A quién parece?
GRAC. A su caudal me parezco.
LUISA. ¿Quema-astillas!
GRAC. ¿Qué hay, pringona?
BORJA. Entre bobos anda el juego.
LUISA. Envido este alfilerón.
GRAC. Quiero, y revuelvo mi resto.
LUISA. Vecinos, ¡socorro!, ¡presto!
GRAC. ¿Qué chillido!; ¿es papagayo?
LUISA. ¡Ay, Jesús, que me desmayo!
TODOS. (*Cantando.*) Sillerillo, ¿qué es aquesto?
GRAC. (*Representando.*)
Que perdiendo esta moza su resto,
fué á desmayarse, y tiróme del sayo.
Picada la deja el alfiler.
LUISA. Que más picadito queda él.

278

LXIX.—Baile de los Toros.¹

PERSONAS QUE HABLAN EN ÉL:

DOS MÚSICOS. | UN GRACIOSO.
DOS DAMAS.

Salen los MÚSICOS.

MÚSICO. Enamoróse Cupido
de la más bella serrana
que vieron en sus orillas
del Manzanares las aguas.
Como servirla procura,
hace para festejarla
varios entretenimientos,
toros y juegos de cañas.
De toros hacerla quiere,
por la más regocijada,
y con públicos pregones
por sus justicias lo manda.

1.ª DAMA. El amor, gobernador
de los pechos y las almas,
manda que se corran toros
en servicio de su dama;
que con toda diligencia
desembaracen la plaza
en oyendo este pregón,
so pena de su desgracia;
que intenten por varios modos
á su Nise festejarla;
y mándase pregonar
porque venga á noticia de todos.
(*Repiten.*)

Ya los cajones se ausentan,
los garabitos se apartan,
las mesas de la verdura
y del pescado las tablas.

MÚSICO. Ya los tablados se empiezan,
ya se asierran, ya se clavan;
unos las puertas asientan,
y otros las barreras tapan;
y para clavos y hierros
de rejones y de lanzas,
de ballenatos vulcanos

¹ Autos sacramentales y al Nacimiento de Cristo. Madrid, 1075, pág. 256.

hundiéndose están las fraguas.
Ya van echando la arena,
con que la plaza se allana
á hacer cuanto la mandaren
los pisones de la carga.
Ya se van acomodando
en tablados y ventanas,
y los muchachos pregonan
ferrados como castañas.

2.^a DAMA. Suban al terrado,
que está fresco y regado,
que está fresco y regado.
La chusma de los terrados,
que frita en el sol aguarda,
del calor se desentiende
con pañuelos y palmadas.
CORO 1.^o ¡Aquí de los tablados!
CORO 2.^o Terrados, ¿qué tenéis?

(Repiten.)

Pañuelos y palmadas
y ganas de beber.
MÚSICO. Antes de cerrar las puertas,
á regar salen la plaza
carretones enramados
que traen el agua encubada.
Tápala, patán, tan, tan.
¡Huyan de los carros,
que los mojarán!
Manda el amor que despejen
los soldados de su guarda,
y que un pregonero avise
antes que el toril se abra.

(Repiten.)

1.^a DAMA. Pregono, pregono
que todos los hombres
se pongan en cobro;
que salen de Nise
matando los ojos,
y para las bolsas
no hay más bravo toro.
El torillo ha salido del pido,
y con el dinero se encara feroz.
Ya le persigue y le va á los alcances.
¡Válgate Dios, y que vuelta le dió!

2.^a DAMA. Vete, Interés, y vete,
que tocan á jarrete.

TODOS. Tu, tu, tu, los clarines avisan;
tan, tan, tan, y las chirimías.
Las obligadas siempre,
las mulas de la villa,
al jarretado sacan
con su ordinaria prisa.
Un caballero entra
con galas y divisa,
lacayos y rejonos:
la fiesta está cumplida.
Tápala, patán, tan, tan.
Rejoncitos vienen,
rejoncitos van.

GRAC. Que por vos, mi señora,
la cara de plata,
rejoncito ha de haber
á la tripa, la tripa,
y á caballito,
á la trapa, á la trapa.
Hago cuenta que el torillo
me acomete cara á cara,

y sin llegarme á él, se llega,
y me hace rodar la plaza.
TODOS. No lo sabemos, mas tenga esperanza.

GRAC. Yo lo doy por recibido,
y si el toro en esta causa
ha de salir con la suya,
más vale que yo me salga.

1.^a DAMA. Espérese, caballero.—

GRAC. Nadie á la mano me vaya,
que no quiero que me rompa
esta mi capa borlada,
gorlada, borlapitajada,
que no tengo quien me dé nada.

279

LXX.—Entremés de los
Órganos.¹

PERSONAS:

UN CURA. | SERIJO, sacristán.
DOÑA MARÍA, su sobrina. | MOCHALES, sacristán.

Salen el CURA y su sobrina.

CURA.

Sal aquí, doncellita.

DOÑA MARÍA.

Señor, ¿llamas?

CURA.

Que os tuesten esa cara relamida.
¡Mírenla qué mirlada y qué fruncida!
Y ¡vive Dios, que es diablo con pellejo!

DOÑA MARÍA.

¡Que falte tabardillo para un viejo,
y una moza se muera sin achaque?

CURA.

¿Rezongas? ¡Qué donoso badulaque!
Pon la mano aquí encima.

DOÑA MARÍA.

Y ¿á qué efeto?

CURA.

Jura á Dios de decir verdad en todo.

DOÑA MARÍA.

¡Jesús, so tío!; y ¿es vusté escribano?

CURA.

Y aun peor si me enojo. Pon la mano.

DOÑA MARÍA.

Pongo la mano.

CURA.

Aquestos sacristanes,

¹ Fiestas del Santísimo Sacramento. Zaragoza, 1644, fo-
lio 100.

que como gatos andan mis desvanes,
¿hante arañado, ó quieren arañarte?

DOÑA MARÍA.

Quieren, señor.

CURA.

¿Te ríes, malos años?
¡Vive Dios, que no teme los arañes!
En llegando una moza á diez y siete,
su buen gesto le sirve de alcahuete.

DOÑA MARÍA.

Y en llegando á sesenta luego un hombre,
no le queda más que sólo el nombre.

CURA.

No lleguéis á mis años.

DOÑA MARÍA.

¡Desatino!
Sintíralo si fuera queso ó vino;
pero, mujer, es caso averiguado
que en llegando á los quince ya ha cerrado.

CURA.

¡Aguarda, que ya escampa! Pues, raída,
no he dejar desván, rincón, guarida
donde no busque al sacristán Mochales,
y hallándole, yo haré que, aunque te tope,
no te diga uno y otro zorrocloco.

Salen MOCHALES.

MOCHALES.

Dómine licenciante, poco á poco;
que aunque me tiene amor aquí escondido,
hecho risa y cosquillas de las gentes,
yo soy el mismo Adán de los valientes,
el Colón de los tajos y reveses,
y esto sustentaré por nueve meses,
afirmando que por mi valentía
á mí me ha de rogar doña María.

CURA.

Pícaro, ¿á mi sobrina le hacéis fieros?

MOCHALES.

Pues si lo soy, ¿qué mucho que los haga?
Antes fueran sucesos milagrosos,
siendo tan fiero, que la hiciera hermosos.
Allá pueden burlarse con Serijo,
sacristán al quitar como tributo,
hijo de la tramoya y embeleco.

Salen SERIJO.

SERIJO.

Mientes como bellaco chuchumeco,
sacristán del Japón, boca de alnase,
más sucio que la calle de Getafe.
Sal aquí, cara de morcilla ahumada.

MOCHALES.

Ya voy, barbas de aldea despoblada
cuando hay peste, que huyen los vecinos.

SERIJO.

Pues, ¿tú me apodas, sacristán de chinos?

MOCHALES.

Pues yo te apodo, salchichón flamenco.

SERIJO.

Cara de terciopelo, paso, paso.

MOCHALES.

Envido, envido yo, barbas de raso.

SERIJO.

Aquesto es hecho; sal aquí, gallina.

MOCHALES.

Voy, capón. (Vanse.)

CURA.

Derrengóse con la carga.
¡Jesús, que baraúnda y tabaola!
¿Qué haremos, muchachita, agora en casa?

DOÑA MARÍA.

Lo postrero que has dicho: casa, casa:
quedaré yo contenta, tú bien quisto.

CURA.

Sal quiere aqueste huevo, ¡vive Cristo!
Y ¿á cuál de los dos quieres, á Serijo?

DOÑA MARÍA.

¡Ay tío, tío! El diablo se lo dijo;
Serijo dice ya la casa toda.

CURA.

En el cuerpo le baila ya la boda.
Ya vienen, reportaos, mari-raposa.

DOÑA MARÍA.

Voime, tío, que soy muy vergonzosa. (Vase.)

CURA.

Tal tengáis la salud.

Salen MOCHALES.

MOCHALES.

¡Ay, cura lindo!
¡Ay, cura hermoso! ¡Así se caiga muerto,
así le vea en galeras por diez años,
así, sin esos ojos de relámpago,
logre aquesa carita de mochuelo
que sea su Marica mi buñuelo!

Salen SERIJO.

SERIJO.

Cura Matusalén, cura fiambre,
cura del otro mundo, cura en pena,
¡así le vea colgado de una entena,
dando la bendición con los talones...!

CURA.

¿Soy Peralvillo yo de maldiciones?

SERIJO.

¡Así aqueste suceso en Argel cuente,
porque vean allá el bien que me hace
así con su braguero al mundo ahíte,
y sea su Marica mi confite

MOCHALES.
Cura, cabeza de ajos, ¿qué responde?

SERIJO.
Y á mí, ¿qué me responde, cura puerro?

CURA.
Que á entrambos pienso darles pan de perro.

MOCHALES.
Tú tienes culpa desto, y yo haré al cura, carrillos de cuajar, que te deseche.

SERIJO.
Tú mientes, berenjena en escabeche, tumba de honras, monjil de viuda espesa.

MOCHALES.
Pues, cara de fregona montañesa, ¿conmigo tú por tú?

CURA.
¡Ténganse, digo!
¡Linda majadería, lindos modos!
Estánme haciendo á mi molde de apodos, ¿y riñen por Marica? ¡Qué de asnadas!
¡Ah, mujeres! Yo os vea chamuscadas, ¿qué es chamuscadas?, hechas chicharrones, y después de sacada la manteca, sirva de hacer guisados en la Meca. Ahora bien, yo quisiera concertarlos.

MOCHALES.
Razón celeste.

SERIJO.
Verdemar palabra.

MOCHALES.
Calla, frisón.

SERIJO.
No quiero, ojos de cabra.

CURA.
Digo que el que llevare á Mariquita, ha de ser suficiente y benemérito para la sacristía desta aldea; y pues que cada uno la desea, examínense entrambos en un órgano, y al que á mí me dejare satisfecho hágale Mariquita buen provecho.

SERIJO.
Dómine, sum contentus.

MOCHALES.
Ego quoque.
(Descíbrense el órgano.)

CURA.
El órgano es aqueste.

MOCHALES.
Toque.

SERIJO.
Toque.

CURA.
Toque Mochales.

MOCHALES.
Obedezco y toco. *(Suena mal.)*

CURA.
Mal suena.

SERIJO.
Á los infiernos.

MOCHALES.
¿Estoy loco?

SERIJO.
Este órgano está muy destemplado.

SERIJO.
¿Ve como es una bestia, licenciado?
Apártese y verá cómo le suena. *(Toca bien.)*

CURA.
Divinamente, y aun la obrilla es buena.

MOCHALES.
Llámome á engaño y vuelvo yo á tocalla, que ya sé en lo que va. *(Toca mal.)*

CURA.
Aguce las manos;
¡no toques otro en tierra de cristianos!

SERIJO.
Ni de moros.

MOCHALES.
Pues, juro á Jesucristo, que han hechizado el órgano!

SERIJO.
Idiota, mejor tocas que el órgano la bota. Tú eres el hechizado, yo quien sabe. Oye aquesta mixtura. *(Toca bien.)*

CURA.
Linda cosa.
Tuya es, Serijo, mi Marica hermosa.

SERIJO.
Vencí, vencí. ¿Qué dices tú de aquesto, papel de humo de pez?

MOCHALES.
Nada, amapola.

CURA.
Serijo vitor, y Mochales cola.

SERIJO.
¡Haya alegría, fiesta y regocijo, que quiere hacerse rajas hoy Serijo!
¡Vaya de baile al uso de la aldea!

MOCHALES.
Yo me voy á colgar de una polea.
(Vanse y sale el músico; y los bailarines irán saliendo como lo dicen las coplas que se cantan. Salen dos.)

CURA.
(Cantan.) Á las bodas de Serijo,

pulido y bello infanzón,
hacen Gil y su pastora
una danza de primor.

(Otros dos.)

Mientras ellos van danzando,
salen al ruido del son
un pastor y una serrana,
que su cara afrentó al sol.

(Otros dos.)

Con los cuatro de la danza
se han engerido otros dos,
y con un tono engerido
Blas aquesto les cantó:

«Dios me libre, madre,
de las mozuelás,
que á mí preso me tienen,
y á mí muerto me han.

Seis al puesto salen
juntos á bailar,
ellas muy garridas,
y ellos otro tal.

Las vueltas que han dado
deshaciendo van,
porque su letrilla
vuelven á danzar.

Dios me libre, etc.

(Vanse los hombres.)

Ellos se han entrado,
y ellas ya se van,
porque cierta danza
de gigantes hay.

Dios me libre, etc.

(Vanse y salen los gigantes.)

No tenéis vos licor de lo caro;
no tenéis vos licor como yo;
no hay en esta danza
ningún gigantón
que desnudo venga
de aqueste licor.

(Arrimanse.)

De empinar el jarro
hacen arrimón:
¡Bien haya la cuba
que tal fruto dió!
No tenéis vos licor de lo caro;
no tenéis vos licor como yo.

280

LXXI.—Entremés famoso:
Los coches.¹

Representóle Vallejo.

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DOÑA QUITERIA.	JUANA.
DOÑA ALDONZA.	ANTONIA.
DON VINOZO.	MÚSICOS.

Salen DOÑA QUITERIA.

DOÑA QUITERIA.

Miente quien no dijere que soy linda
y que sola mi cara es la que brinda

¹ Segunda Parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina. Madrid, 1635, fol. 294 vto.

y hace la razón, pues al hacerme
con tal aire, tal gracia y tal belleza,
de mí misma aprendió Naturaleza,
que para no agraviar lo figurado,
no se quiso valer de otro dechado,
y desde entonces cuanto más procura
hacer con perfección una muchacha,
parece que al formarla está borracha.
Yo sola soy la hermosa, la perfeta,
la forzosa ocasión del más poeta;
y esto sin pesadumbres, reyes míos.
Ríndanse luego á mis famosos bríos,
que soy un torbellino de hermosura.
Guardaos, hombres, guardaos de mi lindura,
que si como amenaza, mata y hiere,
¡cuitada de la bolsa donde diere!
Miente quien no dijere que esto es cierto,
quien viendo mi beldad no se cae muerto;
que decir que se mueren son quimeras;
que no se han de morir sino de veras.
¡Fuera!, dije, que va mi airoso talle
atropellando vidas por la calle;
que soy del mundo soberano espanto.

Salen DOÑA ALDONZA.

DOÑA ALDONZA.

Miente quien no dijere que es encanto
mi matante beldad de todo el orbe;
que esta carita á las demás se sorbe,
pues para aniquilar toda hermosura,
basta el amago de mi mirada.
Póngase en cobro todo confiado,
porque el cielo me dió vista buída,
y es penetrante la menor herida.
Vivir después de verme es imposible,
que por eso me llaman la infalible,
pues queriendo preciármeme de bello,
de azotes lo di al Sol con mi cabello.
Mi blancura, que en cuerpo y rostro es una,
pegó de bofetadas á la Luna;
mis ojos despachando luces bellas,
hicieron la mamona á las estrellas;
y en la luz de los dos, por engerirse,
quiso volver al cielo á reteñirse.
Mi nariz, del marfil divino agravio,
mirando tanto en una y otra tienda,
de lástima consiento que se venda;
mi boca se remite á su hermosura,
que rosas y claveles son basura.
Quieren entrar las perlas transparentes
por mozas de soldada de mis dientes.
Mis manos de la nieve son consuelo;
parecen diez carámbanos de hielo;
y para dar al mundo un tapaboca,
toda yo de belleza tan notoria,
que soy el aquí gracia y después gloria.

DOÑA QUITERIA.

¡Santa Bárbara!, ¡quedo!, que me tienes
bamboleando aqueste par de sienes.
Hermosa baladí, común belleza,
¿sabes qué veo?: que los vientos bebes
por igualar cristales, lucir nieves,
cuando están estas nieves y cristales
mendigando blancura á mis umbrales,
y yo, por ver que, en fin, es buena obra,
de limosna les doy lo que me sobra.

DOÑA ALDONZA.
Tenga, retenga, espere, aguarde, escuche
setecientas razones de mi buche.

DOÑA QUITERIA.
No me atrevo á esperar tan grande lluvia.

DOÑA ALDONZA.
Óigame, Pelinegra.

DOÑA QUITERIA.
Y ella ¿es rubia?

DOÑA ALDONZA.
Cabello negro en blanco frontispicio,
no es tan allá, por Dios, porque parece
tintero derramado en papel blanco;
y si esto niega, está del todo ciega,
señora hermosa, y yo tengo vislumbres
que nos hemos de hacer mil pesadumbres.

DOÑA QUITERIA.
Señora fea, cuando las hagamos,
uñas tenemos, y en el campo estamos.

DOÑA ALDONZA.
Pues manos á la obra, dije.

DOÑA QUITERIA.
Tente,
y vive, mientras pasa aquesta gente.

Salen DON VINOSO, JUANA y ANTONIA.

JUANA.
Mío ha de ser Vinoso, y lo contrario
resultará en un hecho temerario.

ANTONIA.
No ha de ser sino mío, ó sobre el caso
te he de dejar el *coram vobis* raso;
suelta la presa, doña Telaraña.

JUANA.
No quiero, punto menos de picaña;
que hoy has de ver, á tu pesar, mis bodas.

DON VINOSO.
Á placer, que lugar hay para todas.

ANTONIA.
¿De qué sirve buscalte y rebuscalte,
haciendo ademanitos por la calle?

JUANA.
No busco á nadie, no, señora Antonia,
que siempre fui buscada.

ANTONIA.
Y aun buscona.

JUANA.
Las muelas se le caigan y los dientes
á quien no te dijere que remientes.

DON VINOSO.
¡Jesús, y qué mal modo de obligarme!

Harto mejor sería requebrarme;
que llevado por bien soy como un agua.

ANTONIA.
¡Qué barbillas tan buenas!

JUANA.
¡Qué buen talle!

ANTONIA.
¡Qué airoso talle tiene don Vinoso!

DON VINOSO.
Miren si por detrás soy tan airoso.

ANTONIA.
Yo me derrito ya.

JUANA.
Yo me enternezco.

DON VINOSO.
Alábenme, que todo lo merezco.

ANTONIA.
Pues, ¿por qué?

DON VINOSO.
¿Piensan que hablo á troche y moche?
Pues con caballo y medio tengo un coche.

DOÑA QUITERIA.
¿Coche? Sonóme.

DOÑA ALDONZA.
¡Coche!; ¡gran vocablo!

ANTONIA.
¡Coche!; ¡sabroso embuste!

JUANA.
¡Dulce hechizo!

DON VINOSO.
Ardiendo esté el primero que los hizo.

ANTONIA.
Es socorrido.

JUANA.
Es grave.

DOÑA QUITERIA.
Es poderoso.

DON VINOSO.
Tan poderoso, que lo que en seis años
no pudieron hacer los diablos todos,
él lo viene á alcanzar un día de lodos.
Mas ¡ay Dios! para aqueste par de mozas
el sol ha de prestarme sus carrozas.
¡Señores, que me ahogo en hermosura!
Los diques se han soltado de belleza,
pues me anego en abismos de lindeza.
Por Dios, que aqueste par de tentaciones,
al más Narciso pueden decir nones,
que sois, haciendo salva á vuestro cielo,
tú, pebete de amor, tú, caramelo.

DOÑA ALDONZA.
¿Cómo se llama el tal dueño del coche?

DON VINOSO.
Don Vinoso, polillas, es mi nombre.

DOÑA QUITERIA.
Para pera es mejor que para hombre.

DON VINOSO.
Gracia ha tenido: héla de hacer mercedes.
¡Hola!; ¿no me oís, pajes? Es mancilla:
no se puede salir sin campanilla.

DOÑA ALDONZA.
Debajo de la barba es linda gala.

DON VINOSO.
Si lo fuera vusté no fuera mala.

DOÑA QUITERIA.
Y ¿cuántos coches tiene?

DON VINOSO.
Novcientos.

DOÑA ALDONZA.
¡Bravo encarecimiento!

DOÑA QUITERIA.
¡Gran mentira!

DON VINOSO.
¿Ésta parece grande? Pues escuche:
Yo conocí un galán, que porfiando
en un corrillo sobre cuántos eran
los que en cierto navío se ahogaron,
decían que habían sido treinta y cuatro;
él porfiaba que no más de veinte;
ellos que treinta y cuatro, hasta que dijo:
«¡Voto á Dios, que no fueron más de veinte!
Y miren si lo sé medianamente,
y si puedo tenellos bien contados,
pues el uno fuí yo de los ahogados.»

DOÑA QUITERIA.
Ahora bien, en oyendo lo del coche,
nos pusimos más blandas que manteca:
que en tentación cochil toda hembra peca.
Éscoja de las dos la que quisiere,
y reviente la otra con sus celos.

ANTONIA.
Bien; y á nosotras que nos papen duelos.
¿No somos gente?

DOÑA ALDONZA.
Sí, pero menuda.

DON VINOSO.
Liendres deben de ser éstas sin duda.

ANTONIA.
Yo soy de la agudeza esencia quinta;
tanto mi vanidad dello se precia,
que junto á mí la discreción es necia.

JUANA.
¿Mundo nísperos yo?; pues ¡vive el cielo!
que de los hombres soy dulce desvelo,
porque la gentileza de mi brío
aunque á muchas le presto, siempre es mío.
No consiste en la cara la hermosura,
que un retrato es hermoso y es pintura,
pero fáltale el alma y el lenguaje:
alma y no cara, ¡pese á mi linaje!

DON VINOSO.
Yo no quisiera hacer á nadie agravio;
alegue cada una de sus gracias,
y la que más tuviere y alegare,
será mi esposa aquesta misma noche,
y hágale buen provecho al señor coche.

JUANA.
Yo soy tan soberana guisandera,
que para más limpieza, para unillas,
con guantes hago las albondiguillas.

ANTONIA.
Yo soy en el comer tan moderada,
que con un buen capón y una empanada,
una sopa, salchichas y adobado,
hasta cenar no pediré bocado.

DOÑA QUITERIA.
Pues yo canto de suerte, que este Mayo,
que madrugué á dar vida á campo y flores,
de alegría de oír mi voz canora,
carcajadas de risa dió el Aurora.

DOÑA ALDONZA.
¿Hanse alabado?

DON VINOSO.
Y bien encarecido.
Mas, tú ¿qué gracia tienes?

DOÑA ALDONZA.
¿Yo?; no pido.

DON VINOSO.
¡Válgame Dios, qué gracia de los cielos!

JUANA.
Yo no doy celos.
ANTONIA.
Yo no pido celos.

DOÑA QUITERIA.
Yo tengo al mismo Sol enternecido
de sólo ver mi cara.

DOÑA ALDONZA.
Yo no pido.

DON VINOSO.
Notable gracia, niña; mucho aprietas.

JUANA.
Yo soy el alma de las castañetas.

ANTONIA.
Yo el Colón de los lazos y mudanzas.

DOÑA QUITERIA.

Yo soy de aquesto referido
la flor de la canela.

DOÑA ALDONZA.

Yo no pido.

DON Vinoso.

Ya no puedo sufrillo, ¡vive Cristo!
Tuyo es el coche, tuyo es el marido,
que es gracia de las gracias, «yo no pido».
Parabienes me den los hijos de Eva,
que no pido, en mujer es cosa nueva.

DOÑA QUITERIA.

Eres un picarón, un novelero,
más inconstante que horma de sombrero.

ANTONIA.

Más baladí que guante de polvillo.

JUANA.

Más insufrible y triste que un codillo.

DOÑA ALDONZA.

No las oigáis.

DON Vinoso.

Si quieres que no oiga,
dime veinte requiebros al oído.

DOÑA ALDONZA.

No sé más de uno yo, y ése es, no pido.

DON Vinoso.

¿Que no sabes más de uno? Aqueso mismo
le sucedió á un letrado confesándose,
que en diciendo sus culpas, el buen padre
le mandó que rezase cinco credos;
y él muy confuso dijo: «Padre mío,
¿cinco credos? Déme otra penitencia,
porque no sé más de uno en mi conciencia.»

DOÑA ALDONZA.

Ahora bien, nadie quede disgustada,
que pues con don Vinoso estoy casada,
yo les prestaré el coche, donde puedan
valerse de su talle y de su pico.

DOÑA QUITERIA.

¡Oh! Pues si presta el coche, no replico.

JUANA.

Celébrese en el canto aquesta boda.

Salen los Músicos con guitarras.

DON Vinoso.

Á buen tiempo vinieron mis criados.
¿Traéis los instrumentos?

Músicos.

Sí traemos.

DON Vinoso.

Pues tocad una letra y bailaremos.

(Cantan y bailan, con que se da fin al entremés.)

281

LXXII.—Entremés de la Sierpe.¹

FIGURAS:

RAMIRO. | ANTONIA.
CORNELIO. | CASILDA.*Salen RAMIRO y ANTONIA y CASILDA; RAMIRO aporreando á ANTONIA y ella grita.*

ANTONIA.

¡Ay que me mata, mi señor Ramiro!
¡Ah, Casilda!; ¡ah, parienta!; ¡ataje, ataje!
(Desmáysate.)

RAMIRO.

Aunque venga, por Dios, todo el linaje,
sal aquí, mujercilla, si eres hombre,
déjate dar en paz cuarenta palos,
cien mojicones y doscientas coces.
Ahorrémonos de trápala y de voces.

CASILDA.

Teneos, compadre: ¿qué locura es ésta?

RAMIRO.

A un ladito, Casilda, ó pego á tiento.

CASILDA.

¿No la veis desmayada y medio muerta?

RAMIRO.

¡Ah, mujer!; ¡ah, muchacha! A esotra puerta.
Juro á Dios, que se muere esta criatura
sólo porque á su entierro venga el cura.
Ella se muere. No os muráis, que os juro
que si os morís, y el tiempo no mejora,
no he de estar sin casarme un cuarto de hora.

ANTONIA.

¡Malos años!...

RAMIRO.

¿Vivís? Aquesto es malo.

ANTONIA.

Aunque os pese.

RAMIRO.

Pues vuélvome á mi palo.

ANTONIA.

¡Ay!

CASILDA.

¿No me diréis la causa deste ruido?

ANTONIA.

Este bestión, este animal ha sido.
Sabrás, hermana Casilda,
que mi Ramiro se ha vuelto
más agudo que un tramposo,
más malicioso que un tuerto.

¹ Bib. Nac.; libro manuscrito de Entremeses de Benavente (15, 105), fol. 1.º—Impreso por D. Cayetano Rosell, en la colección de *Entremeses de Luis Quiñones de Benavente*, tomo II, para la colección de *Libros de antaño*.

RAMIRO.

Mi Antonia tiene la culpa,
trayéndome á estos extremos
la humildad de sus principios,
la bajeza de sus medios.

ANTONIA.

Desde que un primo me habla
con llaneza, es mi sustento
regalos de la *Paliza*,
de *Puño en rostro* requiebros.

RAMIRO.

Muy bien puede ser llaneza,
mas de lo contrario tengo
las señales de Cervera,
de Medellín los agüeros.

CASILDA.

Ya no hay llanezas, Antonia,
que está malicioso el tiempo,
y esto de tretas de primo
pasaba en el mundo viejo;
mas en éste halo vedado
todo marido discreto,
porque temen no les venga
por la testa el parentesco.*Sale CORNELIO, galán, muy alborotado, asiendo á RAMIRO, que ha de estar vestido de bobo.*

CORNELIO.

¿Está acá el señor Ramiro,
el hidalgo, el caballero,
el galán, el entendido,
el buen alma, el mejor cuerpo,
mi primo más primoroso,
mi amigo, mi compañero?

RAMIRO.

¿Quién sois, hermano hablador?

CORNELIO.

¿Hay tal desconocimiento?
¿A Cornelio no conoce?

RAMIRO.

¿Á Corni... quién?

CORNELIO.

Á Cornelio.

RAMIRO.

Bercebú que te conozca.

CORNELIO.

He andado el lugar entero,
Ramiro, y no os he topado.

RAMIRO.

Harto es, porque en el pueblo,
vos Cornelio, y yo Ramiro,
fácil era el topadero.
Pariente, hacedme un placer.

COLECCIÓN DE ENTREMES.—TOMO I.

CORNELIO.

¿Y cuál?

RAMIRO.

Que os vais al infierno
antes de venirme á ver.
Si no os confirmáis primero,
no quiero Cornelio en casa.
Id norabuena, Cornelio,
si no queréis que una tranca
nos divida el parentesco.

CORNELIO.

¿Eso merece el hombre más que humano,
que os viene á dar á costa de su vida
un aviso, Ramiro, que os asombre?

RAMIRO.

Harto aviso es, Cornelio, vuestro nombre.

CORNELIO.

Pues ¡alto! Ya me voy.

ANTONIA.

Primo querido,
decildo, por mi vida y por la vuestra.

CORNELIO.

Dirélo por mi prima y por mi amigo:
sabed, Ramiro, que tenéis en casa
una sierpe.

RAMIRO.

¿Y con eso me asombraba?
Si tengo á mi mujer, claro se estaba.

CORNELIO.

Que no, sino una sierpe verdinegra.

RAMIRO.

Pues si no es mi mujer, será mi suegra;
aunque hay mil diferencias estos días,
como sierpes cuñadas, sierpes tías,
sierpes damas, de ochenta y con valona,
los pescuezos con papos como mona,
sierpes entre terceras y entre brujas,
ojos de arropo y bocas papandujas.

CORNELIO.

Que no es de ésas, hermano, sino sierpe
con garras, con veneno y con alones.

RAMIRO.

¡Que hasta las sierpes usan ya brahones!

CORNELIO.

En esos trascorrales se ha criado,
y la habéis de matar.

RAMIRO.

Yo, ¿de qué suerte?

CORNELIO.

Diciendo estas palabras.

RAMIRO.

Va de muerte.

CORNELIO.
Cornucopris, Cornelio, cornicerta.

RAMIRO.
Con esas armas, dádmela por muerta.

CORNELIO.
Idos á apercibir, y adiós, Ramiro. *(Vase.)*

RAMIRO.
¡Ay!

ANTONIA.
¿Suspiras? ¿Por qué?

RAMIRO.
Mujer, suspiro porque me han de matar serpientes ajenas teniéndolas en casa yo tan buenas, voime, y si me matare, y vos casaisos, no sea con mocitos que en la villa cuelgan listón y enfaldan sotanilla; y si traen bastoncillos de azabache, antes con Guzmanillo de Alfarache. Adiós, mujer.

ANTONIA.
Adiós.

CASILDA.
(A ella.) Decid, marido.

ANTONIA.
Ansí se me olvidaba.

RAMIRO.
Siempre á Antonia, por no quererme como yo la quiero, se la queda el marido en el tintero. *(Vase.)*

ANTONIA.
¿Fuése por fin?

CASILDA.
Sí, ya se fué.

ANTONIA.
¡Ay, Casilda!
Mira bien si se ha ido; no lo creo, que el miedo es mucho, y grande mi deseo.

CASILDA.
¿Qué importa ser celoso tu marido, si tú eres una ceniza?

ANTONIA.
Es excusada la amenaza, la guarda y el recelo, si no le sale á la mujer de pelo. La noche sale, y en su boca negra la cariboba luna al sol imita. ¡Ay, si viniese ya mi sierpecita, mi serpentín regalo, mi Cornelio, que, por mi amor, en sierpe convertido,

remedio viene á ser contra marido. Mas apártate aquí, que ruido suena.

CASILDA.
Tu marido.

ANTONIA.
Hazte allá, y no te dé pena.

(Apártanse las dos á un lado, y sale RAMIRO con una escalera y una cruz en la mano derecha.)

RAMIRO.
San Jorge, valeroso caballero, que á la sierpe horadasteis el garguero; Margarita, que á puras devociones, camináis sobre serpientes y leones; ayudad á Ramiro en este trance, que se viene á morir de lance en lance sin qué, ni para qué. Y vos, escalera, haced como quien sois; que si acomete la sierpe, he de saltar por esas tapias, y escurrir este cuerpo delicado aunque con la barriga dé en el prado.

(Sale CORNELIO vestido de sierpe, y trae en las manos una invención que se alarga y encoge. Habla con las dos mujeres.)

Mas héla por do asoma la maldita. ¡Qué falta me hace aquí el agua bendita!

ANTONIA.
¿Sois vos, mi sierpecita?

CORNELIO.
Sí, mi Antonia.

RAMIRO.
¡Ay, que ha habrado! Esta sierpe se endemonia; mas si con las palabras vó seguro, ¿á qué temer? Allá va mi conjuro. *Cornucopris, Cornelio, cornicerta.*

(Da á RAMIRO con la invención en la cara y torna á encogerla.)
¡Valga el diablo el pescuezo!, ¡y cómo acierta! Hechas harina me dejó las muelas. Sierpecita, ¿al conjuro te rebelas? Pero, ¿no es mi mujer la que está hablando? Pápate ésa, Ramiro, estoy temblando.

ANTONIA.
Apártate, Ramiro, no te pique.

RAMIRO.
Yo pienso que esta sierpe, hermana Antoña, me pica á mí y á vos os emponzoña.

CASILDA.
Á muy buen tiempo son esas malicias, cuando las dos pensamos ser su cebo.

RAMIRO.
Veníos acá, mujer.

ANTONIA.
Yo no me atrevo: probad vos, y librad estas cuitadas.

282

LXXIII.—Entremés de los dos Alcaldes encontrados.¹

(Primera parte.)

Representóle Valdés.

FIGURAS:

ALCALDE MOJARRILLA, de hidalgos de vejele.	UN PRESO.
ALCALDE DOMINGO, de villanos de bobo.	UNA MESONERA y OTRA MOZA.
UN ESCRIBANO.	MÚSICOS.

Salen riñendo los ALCALDES, y el ESCRIBANO metiéndolos en paz.

MOJARRILLA.
¡No me tenga, Escribano, no me tenga!

ESCRIBANO.
Téngase vuestasted, señor Alcalde.

DOMINGO.
No le tengáis, y cáigase; dejalde.

MOJARRILLA.
¡Domingo!

DOMINGO.
¡Mojarrilla!

MOJARRILLA.
Menos brfo, que sois villano vos.

DOMINGO.
Y vos judío.

MOJARRILLA.
¡Fuera!, dije, y daréle una lanzada.

DOMINGO.
No será la primera, camarada.

MOJARRILLA.
¿Soy yo Longinos?

DOMINGO.
Menos el caballo.

MOJARRILLA.
Yo no puedo sufrillo.

DOMINGO.
Pues soltallo.

ESCRIBANO.
Suplico á vuestasted que se reporte, y diga la ocasión de aqueste enojo.

MOJARRILLA.
Es mi justicia clara.

¹ Bib. Nac.; libro manuscrito de Entremeses de Bena-vente (15, 105), fol. 31; y Segunda Parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina. Madrid, 1635, fol. 265.

RAMIRO.

Antonia, dad al diablo esas probadas que alarga vara y media de pescuezo.

ANTONIA.

Pues llegá por detrás.

RAMIRO.

Bien habéis dicho: á fe que si le acierto en el cogote, que no habrá menester otras avispas. Mas si yerro, al herrero que echa chispas.

(Otra vez le da con el pescuezo, y él se sube por la escalera hasta lo alto, y la sierpe está abajo, y dice RAMIRO.)

RAMIRO.

¡San Bras! ¡Santa Quitéria! ¡Aquí! ¡ayudadme, porque esta sierpe y yo no vamos horros, que tiene de Cornelio los aforros!

Mujeres, las que paristeis vuestros hijos casaderos á peligro de topar con los amigos Cornelios; viejas, que de vuestras bocas se inventaron los desiertos, y que de las vuestras se hizo esta sierpe y su pescuezo; brujas, dueñas, que encerradas, hacéis que el diablo ande suelto: dadme cartas de favor para esta sierpe, que entiendo que aun estando tan arriba, me ha de engullir desde el suelo.

(Dale otra vez, y RAMIRO rueda por la escalera.)

¡San Bras!

ANTONIA.

¡Ay, marido mío!

RAMIRO.

Idos á la corte luego, que dragón que tanto alcanza para pretendiente es bueno.

CORNELIO.

Ahora bien, basten las burlas, Ramiro, que las que he hecho han sido por castigar vuestros malos pensamientos.

RAMIRO.

Luego ¿no sois sierpe vos?

CORNELIO.

¿Pues no lo veis, majadero?

RAMIRO.

Pues, pardiez, que os he de hacer, con albricias del contento, un baile conforme al uso.

ANTONIA.

Vaya, marido, bailemos.

(Harán el baile que quisieren hacer, dando fin.)

DOMINGO.
La mía yema.

MOJARRILLA.
Es mi cólera mucha.

DOMINGO.
Y más mi flema.

MOJARRILLA.
Este *pécora campi*, aqueste intonso cuadrúpedo bestial, de mente ruda...

DOMINGO.
Yo no lo entiendo, mas mentís en duda.

ESCRIBANO.
Tenga prudencia, Alcalde, si quisiere.

DOMINGO.
Yo tendré lo que á mí me pareciere.

MOJARRILLA.
Fuerte cosa es tratar con mentecatos. Inocente, escuchad.

DOMINGO.
Decid, Pilatos.

MOJARRILLA.
Ha dado en que no tengo el día del Corpus de ir en la procesión.

ESCRIBANO.
¿Hay tal capricho?

¿Vos decís esto?

DOMINGO.
Sí, y lo dicho, dicho.

ESCRIBANO.
¿Por qué?

DOMINGO.
Porque este alcalde es sospechoso, y el que con vara junto á Dios le viere, pensará que otra vez prenderle quiere.

MOJARRILLA.
Yo he de ir con esta vara acompañando, que el día que Dios sale á ser honrado, es menester que vaya acompañado.

DOMINGO.
Si fuera en vuestra tierra, yo os lo juro; que aquí, aunque vaya solo, va seguro. Apartaos, Escribano. *(Vuelven á reñir.)*

ESCRIBANO.
Teneos, digo.

MOJARRILLA.
Tengo de acompañalle.

DOMINGO.
No en mis días.

MOJARRILLA.
¿Qué pertinaz está el tonto salvaje!

DOMINGO.
Más pertinaz está vuestro linaje.

ESCRIBANO.
Domingo, no haya más; dejaldo, Alcalde, y no le persigáis, pues que Dios manda que no persigan á los inocentes.

DOMINGO.
Eso acabaldo vos con sus parientes.

ESCRIBANO.
Alcalde Mojarrilla, dad la mano, que quiere ser Domingo vuestro amigo.

MOJARRILLA.
Yo digo que lo soy.

DOMINGO.
Lo mismo digo.

ESCRIBANO.
Siéntese, pues, y hágase el audiencia, que hay algunos negocios detenidos.

DOMINGO.
Con aqueste calor mal lo habéis hecho. Sentaos, Alcalde.

MOJARRILLA.
Sentaos vos.

DOMINGO.
No quiero.

MOJARRILLA.
Sentaos, Domingo.

DOMINGO.
El sábado es primero.

MOJARRILLA.
Yo soy cristiano viejo.

DOMINGO.
Alcalde hermano, el viejo veo; echad acá el cristiano.

MOJARRILLA.
Sentaos allí, que juntos no haremos buenas migas los dos.

DOMINGO.
Ya lo imagino, *(Siéntanse cada uno á la punta del banco.)* porque las migas se hacen con tocino. *(Dentro.)* ¡Hao! ¡Hao!

(Voces como en la cárcel.)

MOJARRILLA.
¡Jesucristo! ¿Estoy seguro?

(Levántase DOMINGO, y cae MOJARRILLA debajo del banco, y levántase á reñir.)

DOMINGO.
Dóme á Dios, que se ha caído de maduro.

MOJARRILLA.
¿Tonto, esperad!

DOMINGO.
¿De qué sirve enojarse?

¿No ha de poder un hombre levantarse?

ESCRIBANO.
Siéntense, alcaldes, ya. *(Sacando un preso.)*

MOJARRILLA.
¿Por vida destas, *(Tórnanse á sentar.)* que si puedo en un palo he de ponello!

DOMINGO.
De linaje venís que sabe havello. Decí, Escribén, ¿qué es eso?

ESCRIBANO.
Aqueste viene porque se hizo justicia.

DOMINGO.
Pues por eso, soltaldo luego.

MOJARRILLA.
Préndanlo al momento.

DOMINGO.
¿Qué devoto que sós del prendimiento!

MOJARRILLA.
Hacerse uno justicia es gran delito.

DOMINGO.
Pues si no se la hace con malicia, ¿qué ha de aguardar si puede hacer justicia? Id con Dios, y en los preitos que tuviéredes, pues tenéis tal pergeño y habilencia, haceos justicia, que yo os dó licencia, pues Dios quiso libraros desa praga, que no aguardéis á nadie que os la haga.

PRESO.
Ya yo me voy, y ¡plega á Dios, Alcalde, que no te sirvan dueñas ni aun de balde! ¡Plega á Dios que en las casas que vivieres, que no te maten por los alquileres; que vivas cuartos bajos y baratos, sin que encima se calcen los zapatos! Y ¡plega á Dios que á oír templar no llegues!

DOMINGO.
¡Jesús!; y ¿qué he de hacer con tantos pliegues?

PRESO.
Si éstos son muchos, muchos han faltado.

DOMINGO.
Idos, que yo me doy por bien plegado.

(Vase al preso.)

MOJARRILLA.
¿Entendisteis á este hombre?

DOMINGO.
¿Y vos, Alcalde?

MOJARRILLA.
Para mí ha hablado en griego.

DOMINGO.
Yo os lo creo; mas yo haré que otra vez hable en hebreo.

ESCRIBANO.
No seáis malicioso.

MOJARRILLA.
¡Vive Cristo, que al desierto me vaya por no oiros!

DOMINGO.
Ya se acabó el maná; no tenéis que iros.

Sale una mujer MESONERA.

ESCRIBANO.
Señor, esta mujer es mesonera, y tiene su mesón puerta trasera. Ha muerto cierto arriero allí á un mozuelo; por la puerta trasera se ha escapado, y esta mujer, en yéndose el arriero, en las albardas escondió el dinero, y por la dicha puerta y su cuidado, el dinero y el hombre se ha escapado.

MESONERA.
Señor, si el hombre halló por donde irse ¿qué culpa tengo yo de que se fuera?

DOMINGO.
¿Para qué tenéis vos puerta trasera?

MESONERA.
Señor, porque la tiene el lugar todo.

DOMINGO.
Tapáredes la vuestra á piedra y lodo, para que no dijera en mi presencia el Escribén que con notable exceso por la trasera habéis soltado el preso. Id, y tomad la confesión al muerto; vaya con vos á visitar la casa un alguacil que entienda bien de albardas, y en la trasera pónganla dos guardas.

MOJARRILLA.
Agora sí que sentenciáis al justo.

DOMINGO.
Mentisteis, juro á Dios, en lo que hablastes; *(Levántase corriendo á dalle con la vara.)* que al Justo, sólo vos le sentenciastes.

MOJARRILLA.
Esperad, y sabréis lo que os decía.